

JORGE MARTÍNEZ BARRERA

*Pontificia Universidad Católica de Chile*

## **El arte de gobernar. Nota sobre Michel Foucault a 20 años de su muerte**

### **Un filósofo alborotador**

"Foucault se vende como pan caliente", era el título de un artículo dedicado por *Le Nouvel Observateur* el 10 de Agosto de 1966 a las mejores ventas del verano de ese año, aludiendo al éxito editorial de *Las palabras y las cosas*. Esta obra, cuya notoriedad tomó absolutamente por sorpresa a su autor, no figura sin embargo entre aquellas que él recordaría con especial afecto hacia el final de su vida. No conocemos con exactitud las razones que pudo haber tenido para semejante desamor, pero podríamos suponer que tal vez se trata de un trabajo demasiado cercano a algunas tesis estructuralistas. Y Foucault, que era un ensayista poco amigo de ser clasificado bajo ninguna corriente, podría haberse sentido malinterpretado. Una y otra vez daba la impresión de acantonarse en alguna posición, pero casi inmediatamente buscaba situarse más allá o más acá, no tanto mediante la revisión de sus escritos sino más bien aclarando, generalmente a través de las numerosas entrevistas que concedió, lo que quiso decir en tal o cual obra, e insistiendo expresa o tácitamente en que no había sido bien leído. Esto no deja de ser un consuelo para el lector si uno se hace cargo de la dificultad que presenta la lectura de *Las palabras y las cosas*, libro complicado de abordar si los hay. ¿A qué se debió entonces el éxito de ventas de esta obra? En esto las respuestas pueden ser muy variadas, pero no hay duda de que, por lo menos para la época de su publicación, el vademécum del perfecto transgresor mandaba dejarse caer en los bares habituales con el último Foucault bajo el brazo, según el relato de Didier Eribon, su más importante biógrafo<sup>1</sup>. De hecho, algo se conocía de él como responsable de unas cuantas barrabasadas, suficientes en cantidad y calidad como para legitimar su in-

---

<sup>1</sup> DIDIER ERIBON. *Michel Foucault*. París, Flammarion, 1991, p. 183 (Hay traducción al español).

greso al panteón de los autores malditos. Recordemos, a modo de ejemplo, algunas perlas biográficas. Ya de estudiante en la Escuela Normal Superior, la *crème de la crème* del sistema educativo francés, fue sorprendido una noche persiguiendo a uno de sus condiscípulos con un puñal en la mano y profiriendo pavorosos alaridos. Otra vez, ya algo más crecido (en edad por lo menos), debía pronunciar un solemne discurso en la Casa de la Cultura de Francia en Uppsala, Suecia. El discurso no pudo ser pronunciado porque apenas puesto de pie cayó al suelo fulminado por una apocalíptica borrachera. En otra ocasión, cuando debía hacerse cargo de la difusión de la cultura francesa en la embajada de su país en Polonia, el embajador le notificó, a poco de llegar, que debía abandonar el país en pocas horas. ¿Qué había pasado? Lo de siempre, pero esta vez más grave. Es decir, el apuesto joven con quien compartió una noche de frenesí, resultó ser un informante de la policía secreta, quien, sacrificando tal vez algunas convicciones personales, obtuvo del ensayista valiosa información diplomática. Además, su carácter de “homosexual histérico”, según propia confesión a la televisión belga, constituía ya para esos tiempos un indiscutible mérito hagiográfico que le abriría varias puertas en una Francia ávida de emancipaciones.

En todo caso, todo esto nos brinda un pretexto formidable para excusarnos de referirnos a *Las palabras y las cosas*, incluso con la misma bendición del Reverendo Padre Foucault, como lo llamaba con indisimulada saturación el cineasta Jean-Luc Godard<sup>2</sup>.

### Omnipresencia del poder

Más allá de los detalles anecdóticos, pero que también son una acuarela de la época, el tema que obsesiona a nuestro autor es el *poder*. Su obra está atravesada de un extremo al otro por este asunto, un poco como para confirmar su tesis acerca de la omnipresencia del mismo. “Cuando se habla tanto del poder, dirá corrosivamente Jean Baudrillard, es porque éste no existe en ningún lado, no por lo menos en la forma en que Foucault quiere presentarlo.” Esto lo dice Baudrillard en un escrito que no sabemos si es un libro corto o un artículo largo, y cuyo título irresistible es: “Olvidar a Foucault”. Cuando se le preguntó a Foucault su opinión sobre el escrito de Baudrillard, contestó que podía entender que el problema del Profesor Baudrillard haya sido el de olvidar a Foucault, pero el suyo habría de ser más bien... ¡el de recordar a Baudrillard!<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> Didier Eribon cuenta que en la película “La chinoise”, de 1967, aparece un ejemplar del famoso libro depositado como al azar sobre la mesa de un café, en lugar del periódico, en una obvia burla a la moda intelectual

<sup>3</sup> DIDIER ERIBON, op. cit., p. 292.

El poder, en todo caso, es la obsesión de nuestro escritor. Esto puede verse ya desde su tesis de doctorado en Letras, publicada con el título de *Historia de la locura en la época clásica* (1961). El asunto vuelve a aparecer desde otras perspectivas en las obras posteriores, cada cual diferente a las demás pero todas unidas por un hilo inspirador común que va afinándose con el paso de los años.

Si se quisiera abordar de una manera esquemática y tal vez en exceso resumida, pero también mínimamente rigurosa el modo como el poder, en sus pluriformes manifestaciones, es tratado por Foucault, sugeriría comenzar por *La historia de la locura*, continuando por las cinco conferencias pronunciadas en la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro en 1973, y publicadas en una edición pirata por la misma universidad (típico *jeitinho brasileiro*) con el título de *La verdad y las formas jurídicas*, especialmente la Primera, Cuarta y Quinta Conferencias. Vendría después el trabajo que me parece más logrado de todos, es decir, *Vigilar y castigar* (1975), y culminaría con el primer volumen de la *Historia de la sexualidad* (1976), que lleva por título *La voluntad de saber*. Esta lectura debiera apoyarse con otras dos complementarias. Una de ellas es el texto de una conferencia pronunciada en Estados Unidos: *Omnes et singulatim* (1979). La otra lectura, es la clase dada por Foucault en el Colegio de Francia el 1 de Febrero de 1978, posteriormente publicada en forma independiente con el título de "La gubernamentalidad"<sup>4</sup>. Ahora me referiré a este último trabajo porque resume algunas de sus ideas más importantes acerca de la expresión política del poder.

### Literatura antimachiavélica

En el siglo XVI se publica un escrito que revolucionará en adelante la reflexión sobre las cosas políticas. Se trata de *El Príncipe*, de Nicolás Maquiavelo. Hay que notar también que en este trabajo aparece, empleado probablemente por primera vez, el término *Estado* en la acepción jurídico-política con que hoy lo conocemos. Pues bien, el objetivo de toda acción política del príncipe, señala Maquiavelo, es la conservación del Estado. A este propósito se subordina toda la acción pública. Éste es un texto abominable, señala Foucault, que ocupa a gran parte de las buenas conciencias políticas entre los siglos XVI y XVIII. Ahora bien, es muy interesante examinar que no todos los autores condenan este escrito. Por el contrario, algunos de ellos no dejan de ver en él algunos elementos muy positivos, especialmente en Alemania a comienzos del

<sup>4</sup> MICHEL FOUCAULT, *Estética, ética y hermenéutica*. Obras esenciales, Vol. III. Introducción, traducción y edición a cargo de Ángel Gabilondo. Barcelona, Paidós, 1999, pp. 175-197.

siglo XIX. También en Italia vemos una especie de resurgimiento de Maquiavelo más o menos hacia la misma época. Naturalmente, estos autores interesados en la recuperación del *Príncipe*, no reivindican la escisión entre ética y política supuesta en la obra, sino más bien la posibilidad de una fundamentación teórico-práctica de la teoría de la Razón de Estado e incluso la posibilidad de una mayor diferenciación epistemológica de la política.

Pero también es cierto que entre el júbilo con que se recibió a Maquiavelo en el siglo XVI y su redescubrimiento a fines del XVIII y principios del XIX, hubo una extensa literatura anti-maquiavélica, procedente en general de los medios católicos, y a menudo, recuerda Foucault, de los jesuitas. Foucault no nos dice por qué la oposición a Maquiavelo proviene, por lo general, de medios católicos. Probablemente, lo indigesto para estos escritores no es tanto la descarada separación entre ética y política calurosamente recomendada por Maquiavelo. No iban a ser justo ellos, que tenían a la vista algunos ejemplos impresentables de la curia romana del momento, especialmente del mismo Papa Alejandro VI (Rodrigo Borgia) y de su hijo el Cardenal César Borgia, quienes se escandalizarían por ciertas prácticas del poder. En realidad, el problema era otro. Para el Secretario florentino, la bestia negra que mantenía a Italia dividida y contra la cual era preciso luchar era nada menos que la Iglesia Romana. Maquiavelo no deseaba una Iglesia más decente; lo que quería era su directa desaparición, y esto es lo irritante para esos autores jesuitas. Uno de esos primeros tratados de combate es el de Ambrogio Politi, el Padre Ambrogio Catarino di Siena en religión. Se trata de *Discusiones sobre los libros que un cristiano debe detestar*, publicado en 1542. Además de éste, hay una buena cantidad de trabajos de autores antimaquiavélicos, pero Foucault elige detenerse sobre dos de ellos. Uno, es el escrito de Guillaume de la Perrière, *El espejo político, que contiene diversas maneras de gobernar*, publicado en 1567. El otro autor es Francois de La Mothe Le Vayer, quien escribe algunos breves tratados destinados a la educación del Delfín de Francia a mediados del siglo XVII.

Toda esta literatura de boxeo católico no es para Foucault simplemente negativa, con funciones de censura o de rechazo de lo inaceptable. Y aquí viene la tesis provocativa de Foucault: estos autores católicos, especialmente en los ejemplos citados de La Perrière y La Mothe Le Vayer, elaboran unos trabajos con sus propias tesis, las cuales, para afianzarse mejor, *necesitan* a Maquiavelo para decir lo que quieren decir. Foucault sugiere tácitamente que la inmoralidad del Príncipe no es el punto central de la crítica, incluso que tal vez tampoco se trate de una crítica, sino de algo con identidad propia, la cual comienza a definirse como lo opuesto a lo que el Príncipe representa.

## El soberano no gobierna

Veamos con un poco más de detalle en qué consistiría el aporte positivo de la literatura antimaquiavélica.

En primer lugar, estos autores reconstruyen un Príncipe contra el cual quieren combatir, pero ¿cómo lo reconstruyen? Aquí presentan ellos uno de los puntos más importantes: el Príncipe se encuentra en una relación de *exterioridad* con su Principado, es trascendente a él. Y como ésta es una relación de exterioridad, es frágil y se encuentra permanentemente amenazada, tanto desde el exterior como desde el interior mismo del principado, pues no hay ninguna razón *a priori* para que los súbditos acepten la autoridad del Príncipe. Así pues, la ocupación esencial de éste es encontrar el modo más eficaz de conservar su Principado. Pues bien, la literatura antimaquiavélica desea sustituir esta habilidad del Príncipe por algo distinto y en relación con lo que estos autores entenderán por “arte de gobernar”.

Así entonces, para La Perrière, lo de Maquiavelo no es un “arte de gobernar” pues el modo como el príncipe ejerce el poder, un modo *soberano*, no es en absoluto asimilable a lo que debe entenderse por *gobierno*. Para La Perrière, el gobierno puede ser tanto de una casa, de los niños, de las almas, se gobierna un convento, una provincia, una orden religiosa, etc., pero también se puede y debe gobernar un Estado. En todos los casos, el gobierno no puede entenderse como algo “exterior” a lo que se gobierna. Pero lo que hace el Príncipe de Maquiavelo es ejercer su poder en una modalidad que escapa a lo que debe entenderse como “gobierno”. Y éste es para Foucault el modo positivo de la crítica de La Perrière, es decir, no solamente una discusión acerca de la inaceptable legitimación maquiavélica de *todas* las acciones encaminadas a mantener el Estado, sino sobre todo, una teoría del poder incompatible con el gobierno, con el “arte de gobernar”. De todos modos, Foucault reconoce que el tratado de La Perrière es muy inferior al de Maquiavelo. Pero las ideas esbozadas allí no se detendrán y seguirán su curso con La Mothe Le Vayer.

Este último afirma la existencia de tres tipos de gobierno, cada uno de los cuales es objeto de una reflexión particular. Hay el gobierno de sí mismo, lo cual compete a la moral; en segundo lugar, hay el arte de gobernar una familia como es debido, lo cual compete a la economía, entendiéndose esta última todavía en su sentido etimológico como gobierno de la casa y no aún como un nivel de realidad; y por último tenemos la ciencia de gobernar bien el Estado, lo cual compete a la política. Ciertamente, cada uno de estos modos tiene su singularidad, pero es muy importante destacar, continúa Foucault, que estos tres modos implican una cierta continuidad, como si dijéramos una comunicabilidad intrínse-

ca. El arte de gobernar un Estado no debe ser entendido como algo independiente del resto. La teoría jurídico-política del príncipe, que ya podemos llamar la *teoría de la soberanía*, pide por el contrario la total discontinuidad del poder del príncipe respecto de los modos anteriores. En el arte de gobernar, o en la *teoría del gobierno*, como opuesta a la *teoría de la soberanía*, por el contrario, lo que se pide es una continuidad de doble vía entre los distintos modos de gobernar.

Hay una *continuidad ascendente*, en la cual es importante la pedagogía del príncipe. En efecto, un príncipe que quiera gobernar bien debe aprender a gobernarse a sí mismo, a su familia, etc., hasta llegar al nivel superior del gobierno del Estado. Observemos que no podría hablarse de una diferencia total en el gobierno del Estado respecto de los otros gobiernos; es más, el buen gobernante deberá ejercer su oficio a la manera de un padre cuidadoso de su familia, solícito y, sobre todo, *vigilante*.

Y hay también una continuidad descendente, la cual hace que el buen gobierno del Estado repercuta hasta en la conducta de los individuos. Pues bien, si la pedagogía del príncipe es lo que asegura la continuidad ascendente, lo que asegura la continuidad descendente es la *policía*.

Hay un elemento común en las dos continuidades, y ése es el gobierno de la familia, es decir, la *economía*. La gran pregunta política del arte de gobernar, tal como aparece en toda esta literatura antimaquiavélica, es la siguiente: ¿cómo introducir la economía, es decir, el modo de gobierno propio de la familia, esa meticulosidad del padre de familia, quien necesita conocer exhaustivamente a cada uno de los miembros de la casa, cómo introducir ese estilo de ejercicio del poder en el gobierno del Estado? Gobernar un Estado será pues poner en práctica la economía política, esto es, una economía a nivel de todo el Estado, lo cual implica tener con respecto a los habitantes, a las riquezas, a las conductas de todos y cada uno, una forma de vigilancia y de control no menos atenta que la del padre de familia sobre todos los de su casa y sus bienes. Así pues, el gobierno del Estado es indisociable de la extrapolación de la economía, desde su nicho ecológico de la familia, hacia el universo estatal. Y cuando esto sucede encontramos ya a la economía transformada en un nivel de realidad tal como hoy la conocemos. El Estado aparece así como la institución que no solamente posibilita la transformación de la economía en un asunto público-político, sino como una institución cuyo sentido no es otro que el de transformar la vida política en un asunto económico, en la doble acepción del término como lo doméstico y como un nivel de realidad pública.

Foucault establece algunas diferencias muy netas entre la teoría política de la soberanía, o del ejercicio soberano del poder, y la teoría política del gobierno o de la *gubernamentalidad*, como él la llama con un neologismo. Ya va quedando claro que, en rigor, la expresión *gobierno soberano* sería una contradicción en los términos. El *gobierno* es un modo de

ejercicio político del poder cuya aparición histórica es relativamente reciente. No hablamos de *gobierno griego* para referirnos a la democracia ateniense, o de *gobierno romano*, para aludir al poder de un emperador, así como tampoco se habla del *gobierno de Luis IX* de Francia, por ejemplo. También la palabra *soberanía* es nueva en el paisaje de las ideas políticas occidentales. En todo caso, se trata de dos conceptos contemporáneos a la aparición de esta nueva institución que es el Estado, y lo que Foucault intenta describir es el pasaje de la teoría de la soberanía a la del gobierno. Pero para eso veamos antes, muy rápidamente, algunas de las diferencias entre soberanía y gobierno.

### Algunas diferencias entre soberanía y gobierno

Para la teoría de la soberanía es fundamental el asunto del territorio. La soberanía comienza como soberanía territorial; se trata de dos conceptos perfectamente articulados. No importa que el territorio sea rico o pobre, poblado o despoblado. La soberanía se ejerce, ante todo, sobre un territorio. Naturalmente, también sobre quienes lo habitan, pero el acento está puesto en este elemento topográfico. La teoría del gobierno, o de la gubernamentalidad, en cambio, se interesa por lo que sus autores llaman, un tanto enigmáticamente, “las cosas”. En la definición de La Perrière, por ejemplo, vemos que el gobierno “es la recta disposición de las cosas, de las que uno se hace cargo para conducir las a un fin conveniente”. ¿Y qué son “las cosas”? se pregunta lógicamente Foucault. Pues bien, las cosas ya no son solamente el territorio, sino ante todo un compuesto constituido por los hombres y sus relaciones con las riquezas, el territorio, el clima, las costumbres, las maneras de hacer y de pensar, etc. En una palabra, el gobierno del Estado habrá de tener en cuenta todo lo que un padre de familia tiene en cuenta al gobernar su casa.

Una segunda diferencia la vemos en el hecho de que el poder soberano se propone un fin, “el bien común y la salvación de todos”. Ahora bien, ese bien común está asociado, en última instancia, a la obediencia a la ley y el fundamento último de ésta es la voluntad de Dios. El buen funcionamiento de la sociedad depende en última instancia de la obediencia a la ley, cuya expresión suprema es absoluta. El bien que se propone la soberanía es en definitiva que las personas obedezcan a la ley. Pero el poder gubernamental ya no insiste tanto sobre el bien común, sino sobre la “recta disposición de las cosas”, lo cual implica una pluralidad de metas específicas. Ahora bien, para obtener esas metas, el gobierno ya no acude a la obediencia a la ley, sino a “disposiciones gubernamentales”. Aquí no se trata de imponer una ley a los hombres, sino de disponer cosas. Esta palabra “disposición” es importante para Foucault. Dis-

poner algo implica utilizar tácticas más que leyes, o en todo caso, utilizar a las leyes como tácticas. La ley soberana ya no es entonces el instrumento primordial de la teoría política del gobierno. La ley gubernamental ya no manda, en todo caso, sino que más bien sugiere, induce a ciertos comportamientos que en definitiva deberán resultar funcionales a la lógica interna de funcionamiento del Estado en un primer momento, y después a la de la sociedad en su conjunto.

Por último, es fundamental para la gubernamentalidad que el gobernante haga de su propia moralidad un asunto capital. El Príncipe maquiavélico es casi la antítesis del gobernante de La Perrière y de La Mothe Le Vayer. El gobernante debe mostrarse públicamente intachable y también serlo, para que las *disposiciones* sean más eficaces.

### Descubrimiento de la población y pansexualismo

La realidad histórica, indica Foucault, muestra que no se produjo un pasaje automático de la soberanía al gobierno, sino que el arte de gobernar estuvo bloqueado durante mucho tiempo por razones muy concretas. La guerra de los 30 años fue una de ellas. En efecto, para que la gubernamentalidad pudiera desplegarse plenamente se necesitaba un período de relativa paz, de expansión económica y social, de estabilidad política.

¿Cómo se produce este desbloqueo del arte de gobernar? Recordemos que el problema político de la gubernamentalidad es el de introducir, en el manejo del Estado, una técnica de poder tan precisa y meticulosa como la que emplea el padre de familia en el gobierno de su casa. Y que para ello es preciso un conocimiento cada vez más personalizado de los ciudadanos. Pues bien, el concepto teórico, y a la vez realidad política que permitirá el desbloqueo del arte de gobernar, es el descubrimiento de la *población*. Foucault no define a la población, pero podemos decir que estamos ante un tipo de realidad social diferente a la familia, y sin embargo susceptible de un "tratamiento" político similar. La teoría política del gobierno puede ahora centrar su acción sobre algo más vasto pero perfectamente manejable con criterios similares a los del gobierno de la familia. La *población* no es solamente un concepto sociológico novedoso; ella es también una realidad cuya existencia depende también en buena medida de las *disposiciones* gubernamentales. Foucault señala que la población aparece en la escena, como objeto del gobierno, en el siglo XVIII. La población es una realidad social con leyes de funcionamiento diferentes a las de la familia, y analizables con el auxilio de la estadística. Ahora bien, la aplicación de los grandes números a grandes conjuntos de personas sólo es posible cuando se descubre la existencia

de ciertas regularidades biológicas (invención de la *demografía*) y, sobre todo, ciertos comportamientos más o menos uniformes. Es éste el momento en que la economía, que era un arte del gobierno de la casa, pasa a transformarse en un asunto político; es éste el momento de la aparición de la economía política. Con palabras de Foucault, digamos que “el paso de un régimen dominado por las estructuras de soberanía a un régimen dominado por las técnicas de gobierno, tiene lugar en el siglo XVIII en torno a la población, y por consiguiente, en torno al nacimiento de la economía política”.

El ejercicio gubernamental del poder termina por encontrar en el Estado a su instrumento más idóneo de aplicación. Así pues, no se trata de que la vida política haya sido confiscada por la estatalización, sino que más bien se produjo la gubernamentalización del Estado, que antes ejercía el poder sólo en el modo soberano. Esta gubernamentalización exige a su vez dos cosas importantes que se necesitan mutuamente: una universalización de la ciudadanía y un exhaustivo conocimiento de los ciudadanos. Lo primero requiere la puesta en práctica de políticas de *integración social*: nadie debe quedar afuera. Pero precisamente, como nadie debe quedar afuera, es preciso conocer cada vez más exhaustivamente a los ciudadanos mediante, entre otras cosas, la información censal. De este modo, la sociedad entera puede ser mejor controlada por medio de los mecanismos productores de verdad, es decir, esos “dispositivos”, los llamará Foucault, mediante los cuales todos y cada uno dicen *su* verdad. Ahora bien, la íntima verdad de cada uno y al mismo tiempo eso que está en el origen mismo de la población, es el sexo. Nuestra época es pues, sostiene Foucault en su *Historia de la sexualidad*, la época del “sexo rey”, el cual encuentra en el psicoanálisis a una de sus más importantes expresiones epistemológicas. La política gubernamental necesita que se hable públicamente de sexo y para ello promueve todo aquello donde la sexualidad sea un tema de interés público. Y con esto, según Foucault, se cierra un largo viaje histórico del poder político para alcanzar su singular configuración actual: una mezcla perversa de saber y poder largamente inspirada en las técnicas cristianas de la *confesión*, aunque, justo es reconocerlo, Foucault no deja de señalar que el fin salvífico de la confesión sacramental administrada por la Iglesia es inconmensurable con los objetivos políticos del Estado.

Recordemos de paso, para terminar, que frente al catolicismo, Foucault da a veces la impresión de hallarse ante un problema no resuelto en lo personal. En todo caso, para la familia del escritor el catolicismo no constituía un problema, puesto que, con gran escándalo de los ilustrados parisinos, encargó para el ensayista un funeral católico *comme il faut* en Poitiers. Después de todo, en sus últimos años encontró en la biblioteca del convento dominico de Le Saulchoir un remanso de paz y serenidad

para el trabajo intelectual, hasta que las supuraciones cerebrales producidas por el sida terminaron con su vida a fines de la primavera de 1984.

